

formas: en los criminales, conduce á la reunión de cuadrillas, como lo hace constar Lombroso expresamente <sup>1</sup>; en los dementes declarados, á la «locura de dos», en la cual uno de los enfermos impone por completo su delirio á su compañero; en los histéricos, á esas vivas amistades que hacen repetir á Charcot en múltiples circunstancias: «Los nerviosos se buscan entre ellos» <sup>2</sup>; en los escritores, en fin, al establecimiento de escuelas.

La base orgánica común de estas diferentes formas de un solo y mismo fenómeno, de la «locura de dos», de la asociación de los nerviosos, de la formación de escuelas estéticas y de la fundación de cuadrillas de criminales, es en la parte activa, en los jefes é instigadores: el predominio de obsesiones; en los que siguen, en los discípulos, la parte sometida: la debilidad de voluntad y la sugestibilidad patológica <sup>3</sup>. El hombre portador de una obsesión es un incomparable apóstol; no hay convicción razonable obtenida por un trabajo normal del pensamiento, que sea susceptible de apoderarse de un espíritu tan por completo como se apodera un delirio, de someter tan tiránicamente toda su actividad, ni de impulsar tan irresistiblemente á las palabras y á los actos. Contra el loco y el semi-loco delirante resbala toda demostración de lo absurdo de sus apercepciones; no hay contradicción, burla ni menosprecio que le alteren; la opinión de la mayoría le es indiferente; los hechos que no se adaptan á su gusto, los ignora ó los interpreta de tal manera que parecen apoyar su delirio; los obstáculos no le asustan, porque contra el poder de su delirio hasta su mismo instinto de conservación es incapaz de luchar, y en virtud de la misma razón está dispuesto con mucha frecuencia á llegar por él hasta el martirio.

<sup>1</sup> Lombroso, *El Hombre criminal*, págs. 519 y siguientes.

<sup>2</sup> Charcot, *Lecciones del martes*, *passim*.

<sup>3</sup> Legrain, *op. cit.*, pág. 173: «En la predisposición al delirio, por una parte, en la debilidad intelectual que le acompaña, por otra, hay que buscar la explicación real de los casos de «locura de dos». Véase también Régis, *La locura de dos*, París 1886.

Los débiles de espíritu ó los desequilibrados, en contacto con un delirante, quedan inmediatamente subyugados por el poder de sus ideas patológicas y se convierten á ellas en seguida; es posible á veces curarles de estos delirios transmitidos, separándoles de los que los han provocado; pero con frecuencia también el trastorno mental sobrevive á la misma separación.

Tal es la historia natural de las escuelas estéticas. Un degenerado proclama, bajo el efecto de una obsesión, un dogma literario cualquiera: el realismo, la pornografía, el misticismo, el simbolismo, el diabolismo; lo proclama con una elocuencia violenta y penetrante, con sobreexcitación, con una falta de consideraciones furibunda. Otros degenerados, histéricos, neurasténicos, se reúnen en torno suyo, reciben el nuevo dogma de sus labios y consagran su vida entera desde aquel instante á propagarlo.

En este caso, todos los interesados son de buena fe: el fundador lo mismo que los discípulos; obran como tienen que obrar, dado el estado enfermizo de su cerebro y de su sistema nervioso. Pero este cuadro perfectamente claro desde el punto de vista clínico, no tarda generalmente en embrollarse en cuanto el apóstol de un delirio y sus secuaces llegan á atraer sobre ellos una atención más general; entonces el apóstol ve acudir á él una porción de gentes que ya no van de buena fe, que saben perfectamente reconocer el lado insensato del nuevo dogma, pero no obstante lo aceptan porque esperan ganar reputación y dinero, en su cualidad de miembros de la nueva secta. Hay en todo pueblo cuyo arte y literatura están desarrollados, numerosos eunucos intelectuales que no son capaces de engendrar una obra viva, pero logran imitar á la perfección el gesto de la procreación; estos mutilados forman desgraciadamente la gran mayoría de los escritores y de los artistas de profesión y su bullente masa parasitaria ahoga con demasiada frecuencia el talento verdadero y espontáneo. Ahora bien, éstos son los que se apresuran á



formar la escolta literaria de cada nueva tendencia que parece ponerse de moda; son naturalmente siempre los más modernos de todos, puesto que ningún mandato de originalidad, ninguna conciencia artística, les impiden imitar constantemente con el mismo celo de artesanos, y desfigurándolo, el modelo más reciente. Hábiles para asimilarse las exterioridades, plagiarios é imitadores determinados, se apresuran á reunirse en torno de toda manifestación original, ya sea enfermiza ó sana, y se ponen sin pérdida de tiempo á fabricar adulteraciones; son hoy simbolistas, como eran ayer realistas ó pornografos; escriben con la misma facilidad obras de misterios, si de ellas esperan renombre y buena venta, que ensartan en un periquete romances de caballería andante y cuentos de bandidos, narraciones de aventuras, tragedias romanas é idilios campestres, cuando la demanda de los críticos de periódicos y del público parece dirigirse de un modo marcado á una de estas mercancías. Estos prácticos del oficio que, establezcámoslo de nuevo, forman la gran mayoría de los trabajadores intelectuales y por consiguiente también de los miembros de las sectas á la moda en el arte y la literatura, están por lo demás, completamente sanos desde el punto de vista intelectual, aunque en un grado muy bajo de desarrollo, y quien los examinara, podría fácilmente poner en duda, en lo que concierne á los fieles de las nuevas doctrinas, la exactitud del diagnóstico « degeneración ». Se ha de tener por consiguiente, alguna prudencia en el estudio é informe del diagnóstico y distinguir en todo momento á los promovedores sinceros de la ralea de especuladores que los imitan, al fundador de la religión y sus apóstoles, de la plebe que se preocupa no del Sermón de la montaña, sino de la Pesca milagrosa y de la Multiplicación de los panes.

Hemos mostrado cómo nacen las escuelas: son el fruto de la degeneración de los creadores y de sus imitadores convencidos. Pero que puedan ponerse á la moda, obte-

ner durante algún tiempo éxitos ruidosos, esto se explica por singularidades del público, y con especialidad por su histeria. Hemos visto que la sugestibilidad excesiva es la señal característica de los histéricos; este mismo poder de la obsesión por el cual el degenerado recluta imitadores, agrupa también alrededor suyo partidarios; si se asegura al histérico, á voces y sin cansarse, que una obra es hermosa, profunda, llena de porvenir, acaba por creerlo; cree en todo lo que le es sugerido de un modo suficientemente penetrante; cuando la joven vaquera Bernadette vió aparecerse la Santa Virgen en la gruta de Lourdes, no solamente todas las beatas y los hombres histéricos de los alrededores que acudieron al milagro creyeron que la chiquilla alucinada había realmente visto la aparición, sino que todos creyeron ver con sus propios ojos á la Santa Virgen. M. Edmundo de Goncourt refiere el hecho siguiente, relativo á la guerra de 1870: « Pero el despacho que anuncia la derrota del príncipe de Prusia y la captura de 25.000 prisioneros, ese despacho, se dice, fijado en el interior de la Bolsa (de París), ese despacho que me declaran haber leído gentes, mezclado con las cuales lo busco en el interior del edificio, ese despacho que—por una extraña alucinación—hay gentes que creen ver, diciéndome, extendiendo un dedo indicador: « ¡Mire usted, ahí está, ahí! »... y señalándome en el fondo una pared en la cual no hay nada—ese cartel no puedo descubrirlo; lo busco y lo rebusco en vano por todos los rincones de la Bolsa »<sup>1</sup>. Se podrían citar á docenas estos ejemplos de ilusiones de los sentidos sugeridas á una muchedumbre excitada. Los histéricos se dejan pues, sin más formalidades, convencer de la magnificencia de una obra, y hasta encuentran en ella después, bellezas del orden más elevado en las cuales á su autor y á sus trompeteros de la fama ni siquiera se les ha ocurrido pensar. Una vez

<sup>1</sup> *Diario de los Goncourt*, última serie, tomo I, 1870-1871, París, 1890; pág. 10.



la secta suficientemente constituida para tener, además de su fundador y de los sacerdotes de su templo, los sacristanes asalariados y los monaguillos, otra comunidad más, procesiones con estandartes y cánticos y campanas retumbantes, se juntan entonces á ella otros creyentes, además de los histéricos que se han dejado sugerir la nueva fe. Mozalbetes sin discernimiento que buscan todavía su camino, van allí donde ven correr á la muchedumbre y la siguen sin vacilación porque creen que marcha por el buen sendero; majaderos que á nada temen tanto como á que les consideren atrasados, se agregan á ella con rugidos de vivas destinados á convencerles á ellos mismos de que ellos también van bailando delante del más nuevo triunfador, de la flamante celebridad; viejos gastados que tienen el temor pueril de que se descubra su edad, concurren asiduamente al nuevo templo y mezclan sus voces cascadas al canto de los fieles porque esperan que viéndoles en un grupo en que predomina la gente joven, se les creará también jóvenes á ellos.

Así es como se establece una agrupación en forma alrededor de un infeliz degenerado. El fatuo á la moda, el *gigolo* estético, mira por encima del hombro del histérico al cual ha sido sugerida la admiración; el intrigante va pisando los talones del vejete que finge ser joven, y entre todos ellos se agolpa la juventud curiosa de la calle que tiene que ir, sea donde fuere, allí donde «pasa algo». Y como quiera que esta muchedumbre está impulsada por la enfermedad, la avaricia de la ganancia y la vanidad, mete mucho más ruido que un número mucho más considerable de hombres sanos que disfrutan tranquilamente y sin segunda intención egoísta de las obras de los talentos que tienen buena salud; estos últimos, con efecto, no se creen obligados á ir alborotando y gritando por las calles su apreciación y sus gustos, y no amenazan con aplastar á los transeuntes inocentes que no quieren asociarse á sus aclamaciones ensordecedoras.

## IV

### ETIOLOGÍA

Hemos puesto de relieve que las tendencias y modas literarias y artísticas «fin de siglo», así como la facilidad de que el público las adopte, son el efecto de enfermedades, y hemos podido establecer que estas enfermedades son la degeneración y la histeria. Tenemos ahora que investigar cómo han nacido estas enfermedades de la época y por qué se presentan con tan extraordinaria frecuencia precisamente en nuestro tiempo.

Morel, el gran escrutador de la degeneración, reduce ésta en el fondo á la intoxicación <sup>1</sup>. Una generación que toma regularmente, aun sin exceso, estupefacientes y excitantes bajo no importa qué forma (bebidas fermentadas, tabaco, opio, haschisch, arsénico), que come cosas corrompidas (centeno tizonado, maíz podrido), que absorbe venenos orgánicos (fiebre palúdica, sífilis, tuberculosis, bocio), engendra descendientes degenerados que, si permanecen expuestos á las mismas influencias, descienden rápidamente á los grados más bajos de la degeneración, al idiotismo, al nanismo, etc. Que la intoxicación de los pueblos civilizados continúa y aumenta en la mayor proporción, la estadística lo revela perfectamente: el consumo del tabaco ha aumentado en Francia de 0,8 kilogramos por habitante en 1841, á 1,9 íd. en

<sup>1</sup> *Tratado de las degeneraciones, passim.*